

14. Carta del 27 de enero de 1805 (Cartas de la prisión M.-L. Barthélémy p. 81-85)

Durante los 5 años de encarcelamiento de Clorivière, Adelaida no podrá visitarlo en la cárcel, ya que la situación es demasiado peligrosa para ella, que siempre está bajo vigilancia después sus dos encarcelamientos. Entendemos que es muy difícil para ella. Y el 27 de enero de 1805, Clorivière le escribe una hermosa carta invitándola a la confianza.

Alabado sea J.C.

Vuelvo a ti, mi querida hija den J.C., y retomo la carta que empecé el viernes y que no pude terminar. Te consagro una buena parte del día santo del Señor, y no creeré que lo he usado en vano y de manera que le desagrade, si puedo, con su ayuda, traer algún consuelo y alguna luz a tu alma afligida. Tal vez os diga sólo lo que sabéis, lo que ya os he dicho muchas veces; pero en el momento de la pena donde estáis, necesitáis oír lo mismo a menudo, y el Señor puede darle una nueva gracia y hacerla penetrar más profundamente en vuestro corazón y hacer allí una impresión más viva que nunca.

Me mantuve en la confianza; no hay virtud que os sea más necesaria que ésta, como siempre os he dicho; y que debéis ejercitarla continuamente, porque la falta de confianza es la fuente de todas vuestras faltas e impide que practiquéis las virtudes que el Señor os pide. Sin confianza, la humildad en sí misma ya no es una virtud; para ser una virtud, debe relacionarse con Dios, no debe desviarnos de lo que podemos hacer para su gloria, y debe llevarnos a hacerlo de la manera más perfecta, pero sólo para Él, sin hacerla nuestra. La verdadera confianza, la que se basa sólo en Dios, nunca puede ir más allá de los límites, porque la misericordia de Dios y los méritos de J.C. en los que se basa, no pueden tener ninguno. Por muy grandes que sean nuestras miserias, no son nada, desaparecen por completo ante la infinita misericordia de Dios y los méritos de Jesucristo, que también son infinitos. Nada debe disminuir nuestra confianza. Nos falta cuando la vista de nuestras miserias pasadas nos pone demasiado tristes y en la incertidumbre de si nos han sido perdonadas; cuando la vista y el sentimiento de nuestras miserias presentes nos perturban y nos impiden llevarnos valiente y alegremente a lo que nos exigen el deber de nuestro estado, las circunstancias del momento y la edificación del prójimo; siempre que los excesivos temores sobre el futuro nos desvíen de responder a las santas inspiraciones que Dios nos da, en el pensamiento de que será para nosotros la fuente de muchas pruebas y luchas y no tendremos la fuerza para resistirlas. Un poco más de confianza os sostendrá en todos sus problemas y os hará triunfar.

No deje de mirarse tanto a sí misma que nunca pierda de vista a Dios, o al menos que no sea el principal objeto de su atención. La vista de sus misericordias y el precio infinito de la sangre de Cristo; y, sin perder ninguno de los bajos sentimientos hacia usted misma y el dolor que sus faltas deben inspirarla, no tiene duda de que, puesto que deseaba sinceramente hacer lo que había en usted, para obtener el perdón de sus pecados, este perdón le ha sido plenamente concedido, y que todas sus faltas, como un trozo de roble arrojado en un horno ardiente, se habrán consumido repentinamente en el inmenso resplandor del amor divino; Esta confianza encenderá en usted la más ardiente gratitud; usted sólo piensa en responder a las bendiciones del Señor.

La vista de su bondad todopoderosa y su amor, sin hacerle olvidar su debilidad, su impotencia y el exceso de sus miserias, impedirá la pusilanimidad (= falta de coraje) donde el sentimiento de estas cosas no dejaría de lanzarle, si se detuviera demasiado a considerarlas; Nosotros sólo somos un niño débil, usted sólo eres ciega y corrupción, y sin embargo debe luchar constantemente contra enemigos poderosos, practicando

grandes virtudes. Pero considere que no está sola... Si Dios le pide cosas fuertes, le da medios poderosos, le cubre con su escudo; su poderoso brazo está armado para defenderla. Él mismo está siempre a su lado; nunca abandona al humilde que confía en Él. No es con su propia fuerza con la que cuenta, sino con la Suya. ¿Por qué, entonces, debería preocuparse por su debilidad? Cuanto más grande sea, más excitará Su compasión, más servirá para aumentar Su gloria.

Las mismas consideraciones deben elevarla por encima de los temores que el futuro pueda suscitar en usted. Piense además en la fidelidad de Dios, en la grandeza, en la magnificencia de Sus promesas. Cuando, para seguirle y obedecer la voz de Dios que os llama, os habéis comprometido en lugares difíciles, oscuros y peligrosos, ¿podéis temer que Él os abandone allí, y os deje a merced de vuestros enemigos, a vuestra debilidad? Lejos de usted tal pensamiento, ello sería demasiado insultante para la fidelidad del Señor; Él sin duda le pondrá a prueba, parecerá que se aleja, las dificultades aumentarán con cada paso, en todas partes encontrará cruces, tendrá que andar por senderos erizados de espinas, subir montañas escarpadas, pero no tema nada de esto, sólo tema pedir confianza; es lo único que puede perjudicarle; su fuerza estará en el silencio y en la esperanza. Estas dos virtudes le conseguirán la ayuda de Dios. Él allanará todas las dificultades que se presenten ante usted, nada podrá resistirse; Él mismo será vuestra antorcha en las tinieblas; y Su sabiduría, que os acompañará en todas partes y que dirigirá todos vuestros pasos, os descubrirá todos los peligros que debéis temer y os preservará de ellos; Si, por el contrario, por pusilanimidad, no entra en los planes de Dios para usted, o si, después de haber entrado en ellos, durante algún tiempo, por falta de confianza, se deja intimidar por una serie de dificultades, reales o imaginarias, Si fuera evidente que nuestra imaginación y el espíritu de malicia crecieran extrañamente a sus ojos, cualesquiera que fueran los medios que tomara para su seguridad, ya que se hubiera desviado del camino y se hubiera retirado de la guía del Señor, no podríamos avanzar, y los más mínimos obstáculos le parecerían insuperables.

Por esta misma falta de confianza, reconocemos los dones de Dios sólo superficialmente en nosotros mismos, les prestamos poca atención, mientras que admiramos los dones menores en los demás y los envidiamos de alguna manera; como si la humildad debiera impedirnos ver lo que Dios ha puesto en nosotros como bueno, y nunca podría ser contrario al reconocimiento y a la verdad; Y todas estas imperfecciones conducen al tercer tipo de deficiencias, en las que se corre el riesgo de caer, cuando uno se aferra a la humildad, sin estar suficientemente alerta a las ilusiones de la malicia y la ata a su propio sentido. Este fracaso consiste en cerrar el corazón a todo lo que pueden decirnos los que ocupan el lugar de Dios, a fin de elevar nuestro valor y excitarnos a un generoso olvido de nosotros mismos y a una gran confianza en Dios, en relación con nosotros mismos y con todo lo que nos concierne. Obedecemos en todo lo demás, no tenemos dificultad en conformar nuestra voluntad e incluso nuestro juicio a sus sentimientos en todo lo demás, pero esto siempre se exceptúa. Imaginamos que la caridad los ciega a nuestra cuenta; que nos juzgan favorablemente sólo porque no ven las profundidades de nuestros corazones y que juzgan a los demás por sí mismos. No vemos que razonando de esta manera se anule el orden de la obediencia y que, con el pretexto de la humildad, preferimos nuestro propio juicio al de nuestro Superior y que, en todo lo que concierne a nuestra vida interior, mantenemos la disposición de uno mismo y nos hacemos árbitros (¡sólo juzgamos!) de su conducta. Este defecto nunca es muy considerable ante Dios, porque no quita la buena voluntad y, además, es sutil y está tan bien cubierto por el velo de la humildad que es difícil conocerlo a menos que haya una luz particular del Señor. Sin embargo, tiene consecuencias desastrosas, priva al alma de muchas gracias, la

mantiene en estado de voluntad propia; hace el bien pero no el bien que Dios quiere de ella; se niega a sí misma a muchas cosas, a muchos actos que Dios le pide; está expuesta a muchos problemas interiores, y no creo que, con esto, llegue nunca a la perfección que Dios quiere para ella.

Ya ve, mi querida hija, si en lo que he dicho no hay muchas cosas que os convenzan, pero si las encuentra, no se preocupe. Al contrario, bendiga al Señor por haberle dado esta luz, que le da sólo porque quiere hacerla perfectamente agradable a Sus ojos. Haber reconocido el mal, dada la profundidad de la buena voluntad que el Señor ha puesto en usted y el sincero deseo que tiene de complacerle, es como haber sido corregido. Pero aquí hay algunas reglas que deben ser observadas cuidadosamente.

1° Rechazad inmediatamente con valor cualquier sentimiento que, con el pretexto de la humildad, tienda a disminuir la gran confianza que debéis tener en Dios.

2° Reconoced con la más profunda humildad y el sentimiento de vuestra indignidad las gracias con las que el Señor os ha bendecido libremente, y no dudéis de que ha tenido grandes designios sobre vuestra alma, y que seríais culpables si no respondéis de ellos con todo vuestro poder, por pusilanimidad y falta de confianza.

3. Estos grandes planes son la obra que os ha confiado. Este trabajo no es de vuestra elección sino de la suya. Él quiso, aún quiere que le prestéis vuestro cuidado, y es en parte de este cuidado que depende el éxito de la buena obra, y no dudéis que al elegiros, os ha dado todo lo necesario para ello, aunque no sea según los puntos de vista de la carne.

4. Tened la firme convicción de que Su conducta, tanto en vosotros como en mí, es un efecto de su bondad y de su sabiduría paternal que conduce a todos a sus fines;

5° Revive la confianza de sus hijas, sea superiora de verdad (= en la realidad y no sólo de palabra) y tenga cuidado con la circunspección (= prudencia, atención a lo que uno hace).

6° En sus ejercicios de piedad, sea más pasiva (= déjese guiar por el Espíritu de Dios y no por su propia voluntad) que activa. Para su perfección, cuente más con la obra de Dios en usted, que con su industria.

Este es el único programa del día que necesita. Uno más detallado sería perjudicial.